

rechazarme. Pero estoy dispuesto á afrontar tu ódio y tu desprecio.

—¿Y qué pensais hacer?

—Matarme en tu presencia. Pero antes te mataré á tí.

—¡Habeis perdido el juicio!

—Sí, estoy loco de amor, y, sobre todo, loco de celos. Tus desdenes me exasperan.

Se dejó caer á los pies de Juana y quiso cogerla una mano.

Juana retrocedió.

—No os acerqueis á mí, le dijo. Os lo prohibo.

—¡Ah! exclamó Roger fuera de sí. No quieres oírme... No quieres recordar nuestros dias de ventura...

Tienes razón. Estás formada de hierro como todos los tuyos. Eres una Kerandal. Te juro que serás la única mujer á quien ame... Te juro que seré tu esclavo... Te juro...

—Es tarde para todo eso.

—Es decir, que prefieres al hijo de los asesinos.

—Le amo, contestó resueltamente Juana.

Roger se levantó.

—Si te conduces como una Kerandal, debes morir como una Kerandal.

Y sacando una pistola del bolsillo apuntó á Juana.

Juana no se movió.

Partió la bala.

Pero una mano de hierro, apoderándose del brazo de Roger, hizo variar la puntería.

Cláudio había llegado á tiempo.

—Ya veis, dijo á Roger, que no solamente hay asesinos en mi familia.

Roger quiso revolverse contra Cláudio, pero Cláudio le rechazó violentamente.

—Si teneis corazon, exclamó Cláudio, haceos justicia vos mismo.

Roger desapareció detrás del tapiz que separaba las dos habitaciones.

Un momento después sonaba un segundo disparo.

Juana se arrojó en los brazos de Claudio.

—¡Te buscaba, exclamó, y al fin te encuentro!

—¡Y el pasado mío!... murmuró Cláudio.

XXX.

Un año despues

Santa Gilda no está ya huérfana de sus amos.

Todos los antiguos servidores de la marquesa y de Nicolasa ocupan sus puestos.

Cláudio Kerandal ha recobrado su nombre y es la Providencia del país.

El y Juana hacen olvidar con sus beneficios los crímenes de Jacobo y Corentin.

La señora Jacut sigue al frente de la posada de *El Condestable*.

Cuando Cláudio está triste, procura consolarle.

El día 10 de Julio último, la marquesa de Fonterose, fué al castillo á hacer una visita á Cláudio y á Juana.

La pérdida de su hija la ha metamorfoseado.

La roca se ha fundido como la cera al fuego.

El amor de Juana la ha reconciliado con la vida.

Entre las ruinas de la casa solariega de Penhoet nacen ya flores.

FIN.

GORDAL